

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIII, número 25 (2.722)

Ciudad del Vaticano

18 de junio de 2021

Reconocer a los pobres para no traicionar la enseñanza de Jesús



En el Ángelus el Pontífice recuerda la crisis humanitaria en el Tigray y la tragedia de los migrantes de abril de 2015

El mar Mediterráneo el cementerio más grande de Europa

Una sentida oración por «la población de la región del Tigray, en Etiopía, afectada por una grave crisis humanitaria que expone a los más pobres a la carestía» y el recuerdo del naufragio en el Canal de Sicilia del 18 de abril de 2015 en el que perdieron la vida al menos mil personas migrantes, marcaron el Ángelus dominical del Papa Francisco. Antes de la oración mariana, desde la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano con los fieles presentes en la plaza de San Pedro a medio día del 13 de junio, comentando como es habitual el Evangelio del día, el Pontífice había hablado de las dos parábolas narradas en Marcos 4,26-34.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Las parábolas que hoy nos presenta la Liturgia —dos parábolas— se inspiran en la vida ordinaria y, revelan la mirada atenta de Jesús, que observa la realidad y, mediante pequeñas imágenes cotidianas, abre ventanas hacia el misterio de Dios y la historia humana. Jesús hablaba en un modo fácil de entender, hablaba con imágenes de la realidad, de la vida cotidiana. Así, nos enseña que incluso las cosas de cada día, esas que a veces parecen todas iguales y que llevamos adelante con distracción o cansancio, están habitadas por la presencia escondida de Dios, es decir, tienen un significado. Por tanto, necesitamos ojos atentos para saber “buscar y hallar a Dios en todas las cosas”. Hoy Jesús compara el Reino de Dios, esto es, su presencia que habita el corazón de las cosas y del mundo, con el grano de mostaza, la semilla más pequeña que hay: es pequeñísima. Sin embargo, arrojada a la tierra, crece hasta convertirse en el árbol más grande (cf. Mc 4,31-32). Así hace Dios. A veces, el fragor del mundo y las muchas actividades que lle-

nan nuestras jornadas nos impiden detenernos y vislumbrar cómo el Señor conduce la historia. Y sin embargo —asegura el Evangelio— Dios está obrando, como una pequeña semilla buena que silenciosa y lentamente germina. Y, poco a poco, se convierte en un árbol frondoso que da vida y reparo a todos. También la semilla de nuestras buenas obras puede parecer poca cosa; mas todo lo que es bueno pertenece a Dios y, por tanto, humilde y lentamente, da fruto. El bien —recordémoslo— crece siempre de modo humilde, de modo escondido, a menudo invisible. Queridos hermanos y hermanas, con esta parábola Jesús quiere infundirnos confianza. De hecho, en muchas situaciones de la vida puede suceder que nos desanimemos al ver la debilidad del bien respecto a la fuerza aparente del mal. Y podemos dejar que el desánimo nos paralice cuando constatamos que nos hemos esforzado pero no hemos obtenido resultados y parece que las cosas nunca cambian. El Evangelio nos pide una mirada nueva sobre nosotros mismos y sobre la realidad; pide que tengamos ojos grandes que sa-



ben ver más allá, especialmente más allá de las apariencias, para descubrir la presencia de Dios que, como amor humilde, está siempre operando en el terreno de nuestra vida y en el de la historia. Y esta es nuestra confianza, es esto lo que nos da fuerzas para seguir adelante cada día con paciencia, sembrando el bien que dará fruto. ¡Qué importante es esta actitud para salir bien de la pandemia! Cultivar la confianza de estar en las manos de Dios y, al mismo tiempo, esforzarnos todos por reconstruir y recomenzar, con paciencia y constancia. También en la Iglesia puede arraigar la cizaña del desánimo, sobre todo cuando asistimos a la crisis de la fe y al fracaso de varios proyectos e iniciativas. Pero no olvidemos nunca que los resultados de la siembra no dependen de nuestras capacidades: dependen de la acción de Dios. A nosotros nos toca sembrar, y sembrar con amor, con esfuerzo, con paciencia. Pero la fuerza de la semilla es divina. Lo explica Jesús en la otra parábola de hoy: el campesino arroja la semilla y luego no sabe cómo produce fruto, porque es la semilla misma la que crece de manera espontánea, durante el día, por la noche, cuando él menos se lo espera (cf. vv. 26-29). Con Dios siempre hay esperanza de nuevos brotes, incluso en los terrenos más áridos. Que María Santísima, la humilde sierva del Señor, nos en-

señe a ver la grandeza de Dios que obra en las cosas pequeñas, y a vencer la tentación del desánimo: ¡fímonos de Él cada día.

Al finalizar el Ángelus el Papa lanzó un llamamiento por el Tigray, después recordó la Jornada mundial contra el trabajo infantil —una tragedia que afecta a 150 millones de niños— y la ceremonia en Augusta, en Sicilia, en memoria de las víctimas de las migraciones. Finalmente agradeció a los donantes de sangre.

Queridos hermanos y hermanas: Estoy especialmente cerca de la población de la región del Tigray, en Etiopía, afectada por una grave crisis humanitaria que expone a los más pobres a la carestía. Hoy hay carestía allí, hay hambre. Oremos juntos para que cesen inmediatamente las violencias, se garantice a todos asistencia alimentaria y sanitaria, y se restablezca cuanto antes la armonía social. Doy las gracias a todos los que trabajan para aliviar los sufrimientos de la gente. Recemos a la Virgen por estas intenciones. Ave María...

Ayer se celebró el Día Mundial contra el Trabajo Infantil. No es posible cerrar los ojos ante la explotación de los niños, privados del derecho de jugar, de estudiar y de soñar. Según los datos estimados por la Organización Internacional del Trabajo, los niños explotados hoy para trabajar son más de 150 millones: ¡una tragedia! 150 millones: más o menos como todos los habitantes de España, Francia e Italia juntos. ¡Esto sucede hoy! Tantos niños padecen esto: son explotados para el trabajo infantil. Renovemos todos juntos el esfuerzo para eliminar esta esclavitud de nuestros tiempos. Esta tarde tendrá lugar en Augusta, Sicilia, la ceremonia de acogida de los restos de la barca que naufragó el 18 de abril de 2015. Que este símbolo de las muchas tragedias del mar Mediterráneo siga interpelando a la conciencia de todos y favorezca el crecimiento de una humanidad más solidaria, que abata el muro de la indiferencia. Pensémoslo: el Mediterráneo se ha convertido en el cementerio más grande de Europa.

Mañana se celebra el Día Mundial del Donante de Sangre. Doy las gracias de corazón a los voluntarios, y los animo a proseguir su obra, testimoniando los valores de la generosidad y de la gratuidad. ¡Muchas gracias, gracias! Y saludo cordialmente a todos vosotros, procedentes de Roma, de Italia y de otros países, en particular a los peregrinos llegados en bicicleta desde Sedigliano y desde Bra; a los fieles de Forlì y a los de Cagliari. Os deseo a todos un feliz domingo. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta la vista!

La herencia de Pedro

ANDREA MONDA

La carta está dirigida al cardenal Reinhard Marx, pero se dirige a todos, a todos los católicos que viven hoy en la tierra. Hoy y mañana. Es fácil predecir que esta breve carta representará uno de los textos más importantes del pontificado del Papa Francisco. Una vez más, Bergoglio ejerce la paternidad de forma libre y autoritaria con uno de sus hijos (al que llama “hermano” al que “quiere”), mediante una carta que va mucho más allá de una respuesta formal a un obispo que ha presentado su renuncia. El alcance de esta carta es grande y duradero. Es un texto que se suma al riquísimo legado del Papa Francisco. Una herencia que se suma al legado bimilenario de la Iglesia que comienza con la de Pedro, y que el Papa describe en la carta con una precisión conmovedora (es el pasaje más intenso y conmovedor de todo el texto): “Es camino del Espíritu el que hemos de seguir, y el punto de partida es la confesión humilde: nos hemos equivocado, hemos pecado. No nos salvarán las encuestas ni el poder de las instituciones. No nos salvará el prestigio de nuestra Iglesia que tiende a disimular sus pecados; no nos salvará ni el poder del dinero ni la opinión de los medios

(tantas veces somos demasiado dependientes de ellos). Nos salvará abrir la puerta al Único que puede hacerlo y confesar nuestra desnudez: ‘he pecado’, ‘hemos pecado’... y llorar, y balbucear como podamos aquel ‘apártate de mí que soy un pecador’, herencia que el primer Papa dejó a los Papas y a los Obispos

La reforma en la Iglesia la han hecho hombres y mujeres que no tuvieron miedo de entrar en crisis y dejarse reformar a sí mismos por el Señor. Es el único camino, de lo contrario no seremos más que ‘ideólogos de reformas’ que no ponen en juego la propia carne

de la Iglesia. Y entonces sentiremos esa vergüenza sanadora que abre las puertas a la compasión y ternura del Señor que siempre nos está cercana”. Llorar y balbucear la propia indignidad: este es el legado de Pedro que Francisco hace suyo y ofrece a la atención de todo fiel católico. Toda verdadera reforma de la Iglesia pasa también por aquí. El Papa lo recuerda mencionando implícitamente la estela de sus predecesores que ya habían asumido el legado del primer Papa, el pescador de Cafarnaúm: “El ‘mea culpa’ delante a

tantos errores históricos del pasado lo hemos hecho más de una vez ante muchas situaciones aunque personalmente no hayamos participado en esa coyuntura histórica. Y esta misma actitud es la que se nos pide hoy. Se nos pide una reforma, que —en este caso— no consiste en palabras sino en actitudes que tengan el

coraje de ponerse en crisis, de asumir la realidad sea cual sea la consecuencia. Y toda reforma comienza por sí mismo. La reforma en la Iglesia la han hecho hombres y mujeres que no tuvieron miedo de entrar en crisis y dejarse reformar a sí mismos por el Señor. Es el único camino, de lo contrario no seremos más que ‘ideólogos de reformas’ que no ponen en juego la propia carne”. El 12 de marzo de 2000, durante el año del Gran Jubileo, la Iglesia, a través de las palabras de San Juan Pablo II, pronunció un solemne

“mea culpa” y pidió perdón por los numerosos pecados cometidos en la historia, diciendo entre otras cosas: “Por la parte que cada uno de nosotros, con su comportamiento, ha desempeñado en estos males, contribuyendo a desfigurar el rostro de la Iglesia, pedimos humildemente perdón”. Ya en su momento hubo quien criticó aquella petición de perdón, al igual que se criticó el “camino penitencial” emprendido por Benedicto XVI ante la aparición de escándalos de abusos en diversas partes del mundo, camino que hoy continúa Francisco, un camino que coincide con “el camino del Espíritu”. Los que ahora, como entonces, no entienden y polemizan son los “ideólogos” que tienen proyectos de reforma y se olvidan de la verdadera reforma, la única posible, como bien explica el Papa Francisco: “El Señor no aceptó nunca hacer ‘la reforma’ (permítaseme la expresión) ni con el proyecto fariseo o el saduceo o el zelote o el esenio. Sino que la hizo con su vida, con su historia, con su carne en la cruz”. Aquí está la fuerza de la Iglesia, la cruz, el único lugar donde Jesús es reconocido como rey y como hijo de Dios. Aquí está nuestra herencia como hijos de Dios, guiados amorosamente por el pastor sucesor de Pedro.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum Non praevaldebit

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ora@spc.va
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
pubblicazioni.photo@spc.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@direzionemedia@issol24.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 45450/45451/45454, fax + 39 06 698 45456, e-mail: ingo.ora@spc.va - diffusione.ora@spc.va

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 5518 75 31; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

Publicado el balance del IOR

Plena adhesión a los principios y a la doctrina social de la Iglesia

El pasado 27 de abril, el Consejo de Superintendencia del IOR aprobó por unanimidad el presupuesto para el 2020.

Lo anunció el pasado día 12 en un comunicado el ente de la Santa Sede, que de acuerdo con los Estatutos, transmitió el documento a la Comisión cardenalicia —compuesta por cinco purpurados—, destacan-

do en línea con el desarrollo continuo del Instituto y su misión de servicio a la Iglesia Católica a largo plazo.

«En 2020, un año especialmente difícil para la economía mundial, el Instituto —explica el comunicado— siguió garantizando servicios financieros de calidad al Estado de la Ciudad del Vaticano y a la Igle-

En 2020, un año especialmente difícil para la economía mundial, el Instituto siguió garantizando servicios financieros de calidad al Estado de la Ciudad del Vaticano y a la Iglesia católica presente en todo el mundo

do la solidez y alta calidad de los datos financieros (nivel de patrimonio y liquidez) y su conformidad con las normas internacionales más exigentes.

Siguiendo las indicaciones del Papa Francisco, la Comisión cardenalicia decidió distribuir los rendimientos, devolviendo el 75% de los mismos al Santo Padre o a entidades específicas y destinando el 25% restante a incrementar el patrimo-

nio propio y de los de sus clientes católica presente en todo el mundo.

Además, el Instituto continuó con su máximo compromiso de garantizar la plena y continua adhesión a los principios y a la doctrina social de la Iglesia católica en todas sus actividades operativas y, en particular, de forma prioritaria, en los procesos de gestión y en las políticas de inversión del patrimonio propio y de los de sus clien-



tes».

Los datos financieros clave del año 2020 son los siguientes: 5,0 millardos de euros en depósitos de clientes, de los cuales 3,3 millardos de euros corresponden a la gestión de activos y a la custodia de valores; 36,4 millones de euros en ingresos netos, resultado del proceso de inversión risk-based y coherente con la ética católica aplicado a la gestión de sus activos; 645,9 millones de euros es el patrimonio al 31 de diciembre de 2020 al neto de la distribución de las ganancias y considerando la asignación a la reserva patrimonial decidida por la Comisión cardenalicia.

Durante 2020, el IOR siguió reforzando el equipo de directivos y «aumentó las inversiones en tecnologías (IT), incluido un programa de desarrollo para aumentar la resiliencia de la infraestructura tecnológica y reducir los riesgos informáticos».

El presidente del Instituto, Jean-Baptiste de Franssu, había anticipado al diario económico italiano «Il Sole 24Ore», en los quioscos dicha mañana, algunas cifras positivas del balance.

Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Las asociaciones internacionales de fieles

El Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida ha emanado un Decreto general que regula la duración y el número de los mandatos de gobierno (con un máximo de 10 años consecutivos) en las asociaciones internacionales de fieles, privadas y públicas, y la necesaria representatividad de los miembros en el proceso de elección del órgano de gobierno internacional. El procedimiento, aprobado de forma específica por el Papa Francisco y promulgado el 11 de junio, entrará en vigor dentro de tres meses. Publicamos, a continuación el texto.

Las asociaciones internacionales de fieles y el ejercicio del gobierno en ellas son objeto de particular reflexión y consiguiente discernimiento por parte del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, en razón de las competencias que le son propias.

En virtud del bautismo, la Iglesia reconoce el derecho de asociación de los fieles y protege su libertad de fundarlas y dirigir las.

Entre las diversas formas de aplicación de este derecho se encuentran las asociaciones de fieles (cf. cann. 215; 298-329 del Código de Derecho Canónico) que, sobre todo después del Concilio Vaticano II, han vivido una época de gran florecimiento, aportando a la Iglesia y al mundo contemporáneo una abundancia de gracia y de frutos apostólicos. El gobierno en las asociaciones, reconocido y protegido como se ha indicado arriba, debe, sin embargo, ejercerse dentro de los límites establecidos por las normas generales de la Iglesia, por las normas estatutarias propias de cada una de las agregaciones y en conformidad con las disposiciones de la autoridad eclesiástica competente

para su reconocimiento y para la supervisión de su vida y actividad.

La coesencialidad de los dones carismáticos y de los dones jerárquicos en la Iglesia (cf. *Iuvenescit Ecclesia*, 10), exige, en efecto, que el gobierno, en el seno de las agregaciones de fieles, se ejerza de manera coherente con su misión eclesial, como servicio ordenado a la realización de sus propios fines y a la tutela de sus miembros.

Es necesario, por tanto, que el ejercicio del gobierno se articule adecuadamente en la comunión eclesial y se realice en su calidad instrumental para los fines que la asociación persigue.

En el proceso de definición de los criterios para una gobernanza prudente de las

asociaciones, el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida ha considerado necesario regular la duración y el número de mandatos de los cargos de gobierno, así como la representatividad de los órganos de gobierno, con el fin de promover una sana rotación y evitar apropiaciones que no han dejado de procurar violaciones y abusos.

Teniendo en cuenta lo anterior, y habiendo valorado la utilidad del relevo generacional en los órganos de gobierno y la conveniencia de promover una rotación en los cargos de gobierno; Teniendo también en cuenta la necesidad de prever los

mandatos del gobierno como para permitir la realización de proyectos adecuados a los fines de la asociación; Evaluado, asimismo, el papel del fundador para la oportuna configuración, desarrollo y estabilidad de la vida asociativa, en virtud del carisma que dio lugar a su nacimiento; Con el fin de garantizar el buen funcionamiento del gobierno de todas las asociaciones internacionales de fieles;

Habiendo consultado a expertos en la materia y a otros Dicasterios de la Curia Romana, en la medida de sus competencias; Vistos el artículo 18 de la Constitución Apostólica *Pastor Bonus* sobre la Curia Romana, el artículo 126 del Reglamento General de la

Curia Romana, los cánones 29, 30 y 305 del Código de Derecho Canónico, y los artículos 1, 5 y 7 § 1 del Estatuto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida;

El Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, en el ejercicio de sus funciones y por mandato de la Suprema Autoridad

decreta,

con referencia a las asociaciones internacionales de fieles reconocidas o erigidas por la Sede Apostólica y sujetas a la supervisión directa del Dicasterio, lo siguiente.

Art. 1. - Los mandatos en el órgano central de gobierno a nivel internacional pueden tener una duración máxima de cinco años cada uno.

Art. 2 § 1. - Una misma persona puede ocupar cargos en el órgano central de gobierno a nivel internacional por un período máximo de diez años consecutivos.

Art. 2 § 2. - Tras el límite máximo de diez años, la reelección sólo es posible tras una vacante de un mandato.

Art. 2 § 3. - La disposición en el artículo 2 § 2 no se aplica a quien ha sido elegido moderador, quien puede ejercer esta función independientemente de los años que haya pasado en otro cargo en el órgano central de gobierno a nivel internacional.

Art. 2 § 4. - Quien haya ejercido las funciones de moderador durante un máximo de diez años, no podrá volver a ocupar ese cargo; sin embargo, podrá ocupar otros cargos en el órgano central de gobierno sólo después de una vacante de dos mandatos en estos cargos.

Art. 3. - Todos los miembros pleno iure tendrán una voz activa, directa o indirecta, en la constitución de las instancias que eligen al órgano central de gobierno a nivel internacional.

Art. 4 § 1. - Las asociaciones en las que, en el momento de la entrada en vigor del presente Decreto, los cargos en el órgano central de gobierno a nivel internacional estén conferidos a miembros que hayan superado los límites establecidos en los artículos 1 y 2, deberán prever nuevas elecciones en un plazo máximo de veinticuatro meses a partir de la entrada en vigor del presente Decreto.

Art. 4 § 2. - Las asociaciones en las que, en el momento de la entrada en vigor del presente Decreto, los cargos en el órgano central de gobierno a nivel internacional recaigan en miembros que superen, durante el período del mandato en curso, los límites establecidos en los artículos 1 y 2, deberán prever nuevas elecciones en un plazo máximo de veinticuatro meses a partir de la

Quien haya ejercido las funciones de moderador durante un máximo de diez años, no podrá volver a ocupar ese cargo; sin embargo, podrá ocupar otros cargos en el órgano central de gobierno a nivel internacional sólo después de una vacante de dos mandatos en estos cargos

consecución del límite máximo impuesto por el presente Decreto.

Art. 5. - Los fundadores podrán ser dispensados de las normas de los artículos 1, 2 y 4 por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida.

Art. 6. - Las presentes disposiciones no se refieren a los cargos de gobierno que están vinculados a la aplicación de las normas propias de las asociaciones clericales, institutos de vida consagrada o sociedades de vida apostólica.

Art. 7. - El presente Decreto se aplica, con la excepción de la norma del artículo 3, también a otras entidades no reconocidas ni erigidas como asociaciones internacionales de fieles, a las que se les ha concedido personalidad jurídica y que están sujetas a la supervisión directa del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida.

Art. 8. - A partir de la entrada en vigor del presente Decreto y hasta la aprobación de eventuales modificaciones de los estatutos por parte del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, lo establecido abroga toda norma contraria a él que pueda estar prevista en los estatutos de las asociaciones.

Art. 9. - El presente Decreto, promulgado mediante su publicación en el diario

L'Osservatore Romano, entra en vigor tres meses después del día de su publicación. El Decreto se publicará también en el comentario oficial de las Acta Apostolicae Sedis.

El Sumo Pontífice Francisco, en la Audiencia concedida el 2 de junio de 2021 al que suscribe, Cardenal Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, ha aprobado en forma específica el presente Decreto General, que tiene fuerza de ley, junto con la Nota Explicativa que lo acompaña.

Dado en Roma, en la sede del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, el 3 de junio de 2021, Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

CARD. KEVIN FARRELL
Prefecto

P. ALEXANDRE AWI MELLO,
I.SCH.
Secretario



El Mensaje del Papa Francisco para la quinta Jornada mundial instituida al finalizar el Jubileo de la misericordia

«A los pobres los tienen siempre con ustedes»

«No podemos esperar» que los pobres «llamen a nuestra puerta, es urgente que vayamos nosotros a encontrarlos en sus casas, en los hospitales y en las residencias asistenciales, en las calles y en los rincones oscuros donde a veces se esconden, en los centros de refugio y acogida» para «entender cómo se sienten, qué perciben y qué deseos tienen en el corazón». Lo subraya el Papa Francisco en el mensaje para la quinta Jornada mundial de los pobres, con fecha del domingo 13 de junio, memoria de san Antonio de Padua, y presentado en la sala de prensa de la Santa Sede el lunes 14. Instituida por el Pontífice en la conclusión del Jubileo extraordinario de la Misericordia, la jornada tendrá este año por tema «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14, 7) y será celebrada el próximo 14 de noviembre, 33^a domingo del Tiempo ordinario.

1. «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7). Jesús pronunció estas palabras en el contexto de una comida en Betania, en casa de un tal Simón, llamado “el leproso”, unos días antes de la Pascua. Según narra el evangelista, una mujer entró con un frasco de alabastro lleno de un perfume muy valioso y lo derramó sobre la cabeza de Jesús. Ese gesto suscitó gran asombro y dio lugar a dos interpretaciones diversas.

La primera fue la indignación de algunos de los presentes, entre ellos los discípulos que, considerando el valor del perfume —unos 300 denarios, equivalentes al salario anual de un obrero— pensaron que habría sido mejor venderlo y dar lo recaudado a los pobres. Según el Evangelio de Juan, fue Judas quien se hizo intérprete de esta opinión: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para darlos a los pobres?». Y el evangelista señala: «Esto no lo dijo porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón y, como tenía la bolsa del dinero en común, robaba de lo que echaban en ella» (12,5-6). No es casualidad que esta dura crítica salga de la boca del traidor, es la prueba de que quienes no reconocen a los pobres traicionan la enseñanza de Jesús y no pueden ser sus discípulos. A este respecto, recordamos las contundentes palabras de Orígenes: «Judas parecía preocuparse por los pobres [...]. Si ahora todavía hay alguien que tiene la bolsa de la Iglesia y habla a favor de los pobres como Judas, pero luego toma lo que ponen dentro, entonces, que tenga su parte jun-

to a Judas» (Comentario al Evangelio de Mateo, XI, 9).

La segunda interpretación la dio el propio Jesús y permite captar el sentido profundo del gesto realizado por la mujer. Él dijo: «¡Déjenla! ¿Por qué la molestan? Ha hecho una obra buena conmigo» (Mc 14,6). Jesús sabía que su muerte estaba cercana y vio en ese gesto la anticipación de la unción de su cuerpo sin vida antes de ser depositado en el sepulcro. Esta visión va más allá de cual-

Jesús no sólo está de parte de los pobres, sino que comparte con ellos la misma suerte. Esta es una importante lección también para sus discípulos de todos los tiempos. Sus palabras «a los pobres los tienen siempre con ustedes» también indican que su presencia en medio de nosotros es constante, pero que no debe conducirnos a un acostumbramiento que se convierta en indiferencia

quier expectativa de los comensales. Jesús les recuerda que el primer pobre es Él, el más pobre entre los pobres, porque los representa a todos. Y es también en nombre de los pobres, de las personas solas, marginadas y discriminadas, que el Hijo de Dios aceptó el gesto de aquella mujer. Ella, con su sensibilidad femenina, demostró ser la única que comprendió el estado de ánimo del Señor. Esta mujer anónima, destinada quizá por esto a representar a todo el universo femenino que a lo largo de los siglos no tendrá voz y sufrirá violencia, inauguró la significativa presencia de las mujeres que participan en el momento culminante de la vida de Cristo: su crucifixión, muerte y sepultura, y su aparición como Resucitado. Las mujeres, tan a menudo discriminadas y mantenidas al margen de los puestos de responsabilidad, en las páginas de los Evangelios son, en cambio, protagonistas en la historia de la revelación. Y es elocuente la expresión final de Jesús, que asoció a esta mujer a la gran misión evangelizadora: «Les aseguro que, para honrar su memoria, en cualquier parte del mundo donde se proclame la Buena Noticia se contará lo que ella acaba de hacer conmigo» (Mc 14,9).

2. Esta fuerte “empatía” entre Jesús y la mujer, y el modo en que Él interpretó su unción, en con-

traste con la visión escandalizada de Judas y de los otros, abre un camino fecundo de reflexión sobre el vínculo inseparable que hay entre Jesús, los pobres y el anuncio del Evangelio.

El rostro de Dios que Él revela, de hecho, es el de un Padre para los pobres y cercano a los pobres. Toda la obra de Jesús afirma que la pobreza no es fruto de la fatalidad, sino un signo concreto de su presencia entre nosotros. No lo encontramos cuando y donde quisiéramos, sino que lo reco-

sino ante todo una atención puesta en el otro “considerándolo como uno consigo”. Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 198-199).

3. Jesús no sólo está de parte de los pobres, sino que comparte con ellos la misma suerte. Esta es una importante lección también para sus discípulos de todos los tiempos. Sus palabras «a los pobres los tienen siempre con ustedes» también indican que su presencia en medio de nosotros es constante, pero que no debe conducirnos a un acostumbramiento que se convierta en indiferencia, sino a involucrarnos en un compartir la vida que no admite delegaciones. Los pobres no son personas “externas” a la comunidad, sino hermanos y hermanas con los cuales compartir el sufrimiento para aliviar su malestar y marginación, para devolverles la dignidad perdida y asegurarles la necesaria inclusión social. Por otra parte, se sabe que una obra de beneficencia presupone un benefactor y un beneficiado, mientras que el compartir genera fraternidad. La limosna es ocasional, mientras que el compartir es duradero. La primera corre el riesgo de gratificar a quien la realiza y humillar a quien la recibe; el segundo refuerza la solidaridad y sienta las bases necesarias para alcanzar la justicia. En definitiva, los creyentes, cuando quieren ver y palpar a Jesús en persona, saben a dónde dirigirse, los pobres son sacramento de Cristo, representan su persona y remiten a él.

Tenemos muchos ejemplos de santos y santas que han hecho del compartir con los pobres su proyecto de vida. Pienso, entre otros, en el padre Damián de Veuster, santo apóstol de los leproso. Con gran generosidad respondió a la llamada de ir a la isla de Molokai, convertida en un gueto accesible sólo a los leproso, para vivir y morir con ellos. Puso manos a la obra e hizo todo lo posible para que la vida de esos pobres, enfermos y marginados, reducidos a la extrema degradación, fuera digna de ser vivida. Se hizo médico y enfermero, sin reparar en los riesgos que corría, y llevó la luz del amor a esa “colonia de muerte”, como era llamada la isla. La lepra lo afectó también a él, signo de un compartir total con los hermanos y hermanas por los que había dado la vi-



Estatua situada en el patio de la Limosnería vaticana, que representa un pobre

tanto, de abrirse con decisión a la gracia de Cristo, que puede hacernos testigos de su caridad sin límites y devolverle credibilidad a nuestra presencia en el mundo.

5. El Evangelio de Cristo impulsa a estar especialmente atentos a los pobres y pide reconocer las múltiples y demasiadas formas de desorden moral y social que generan siempre nuevas formas de pobreza. Parece que se está imponiendo la idea de que los pobres no sólo son responsables de su condición, sino que constituyen una carga intolerable para un sistema económico que pone en el centro los intereses de algunas categorías privilegiadas. Un mercado que ignora o selecciona los principios éticos crea condiciones inhumanas que se abaten sobre las personas que ya viven en condiciones precarias. Se asiste así a la creación de trampas siempre nuevas de indigencia y exclusión, producidas por actores económicos y financieros sin escrúpulos, carentes de sentido humanitario y de responsabilidad social.

El año pasado, además, se añadió otra plaga que produjo ulteriormente más pobres: la pandemia. Esta sigue tocando a las puertas de millones de personas y, cuando no trae consigo el sufrimiento y la muerte, es de todas maneras portadora de pobreza. Los pobres han aumentado desproporcionadamente y, por desgracia, seguirán aumentando en los próximos meses. Algunos países, a causa de la pandemia, están sufriendo gravísimas consecuencias, de modo que las personas más vulnerables están privadas de los bienes de primera necesidad. Las largas filas frente a los comedores para los pobres son el signo tangible de este deterioro. Una mirada atenta exige que se encuentren las soluciones más adecuadas para combatir el virus a nivel mundial, sin apuntar a intereses partidistas. En particular, es urgente dar respuestas concretas a quienes padecen el desempleo, que golpea dramáticamente a muchos padres de familia, mujeres y jóvenes. La solidaridad social y la generosidad de la que muchas personas son capaces, gracias a Dios, unidas a proyectos de promoción humana a largo plazo, están aportando y aportarán una contribución muy importante en esta coyuntura.

6. Sin embargo, permanece abierto el interrogante, que no es obvio en absoluto: ¿cómo es posible dar una solución tangible a los millones de pobres que a menudo sólo encuentran indiferencia, o incluso fastidio, como respuesta? ¿Qué camino de justicia es necesario recorrer para que se superen las desigualdades sociales y se restablezca la dignidad humana, tantas veces pisoteada? Un estilo de vida individualista es cómplice en la generación de pobreza, y a menudo descarga sobre los pobres toda la responsabilidad de su condición. Sin embargo, la pobreza no es fruto del destino sino consecuencia del egoísmo. Por lo

da. Su testimonio es muy actual en nuestros días, marcados por la pandemia de coronavirus. La gracia de Dios actúa ciertamente en el corazón de muchos que, sin aparecer, se gastan por los más pobres en un concreto compartir.

4. Necesitamos, pues, adherirnos con plena convicción a la invitación del Señor: «Conviértanse y crean en la Buena Noticia» (Mc 1,15). Esta conversión consiste, en primer lugar, en abrir nuestro corazón para reconocer las múltiples expresiones de la pobreza y en manifestar el Reino de Dios mediante un estilo de vida coherente con la fe que profesamos. A menudo los pobres son considerados como personas separadas, como una categoría que requiere un particular servicio caritativo. Seguir a Jesús implica, en este sentido, un cambio de mentalidad, es decir, acoger el reto de compartir y participar. Convertirnos en sus discípulos implica la opción de no acumular tesoros en la tierra, que dan la ilusión de una seguridad en realidad frágil y efímera. Por el contrario, requiere la disponibilidad para liberarse de todo vínculo que impida alcanzar la verdadera felicidad y bienaventuranza, para reconocer lo que es duradero y que no puede ser destruido por nada ni por nadie (cf. Mt 6,19-20).

Los pobres no pueden ser sólo los que reciben; hay que ponerlos en condiciones de poder dar, porque saben bien cómo corresponder. ¡Cuántos ejemplos de compartir están ante nuestros ojos! Los pobres nos enseñan a menudo la solidaridad y el compartir. Es cierto, son personas a las que les falta algo, frecuentemente les falta mucho e incluso lo necesario, pero no les falta todo

La enseñanza de Jesús también en este caso va a contracorriente, porque promete lo que sólo los ojos de la fe pueden ver y experimentar con absoluta certeza: «Y todo el que deje casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o campos por mi causa, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna» (Mt 19,29). Si no se elige convertirse en pobres de las riquezas efímeras, del poder mundano y de la vanagloria, nunca se podrá dar la vida por amor; se vivirá una existencia fragmentaria, llena de buenos propósitos, pero ineficaz para transformar el mundo. Se trata, por

tanto, es decisivo dar vida a procesos de desarrollo en los que se valoren las capacidades de todos, para que la complementariedad de las competencias y la diversidad de las funciones den lugar a un recurso común de participación. Hay muchas pobrezas de los «ricos» que podrían ser curadas por la riqueza de los «pobres», ¡si sólo se encontraran y se conocieran! Ninguno es tan pobre que no pueda dar algo de sí mismo en la reciprocidad. Los pobres no pueden ser sólo los que reciben; hay que ponerlos en condiciones de poder dar, porque saben bien cómo corresponder. ¡Cuántos ejemplos de compartir están ante nuestros ojos! Los pobres nos enseñan a menudo la solidaridad y el compartir. Es cierto, son personas a las que les falta algo, frecuentemente les falta mucho e incluso lo necesario, pero no les falta todo, porque conservan la dignidad de hijos de Dios que nada ni nadie les puede quitar.

7. Por eso se requiere un enfoque diferente de la pobreza. Es un reto que los gobiernos y las instituciones mundiales deben afrontar con un modelo social previsor, capaz de responder a las nuevas formas de pobreza que afectan al mundo y que marcarán las próximas décadas de forma decisiva. Si se margina a los pobres, como si fueran los culpables de su condición, entonces el concepto mismo de democracia se pone en crisis

y toda política social se vuelve un fracaso. Con gran humildad deberíamos confesar que en lo referente a los pobres somos a menudo incompetentes. Se habla de ellos en abstracto, nos detenemos en las estadísticas y se piensa en provocar conmoción con algún documental. La pobreza, por el contrario, debería suscitar una planificación creativa, que permita aumentar la libertad efectiva para poder realizar la existencia con las capacidades propias de cada persona. Pensar que la libertad se concede e incrementa por la posesión de dinero es una ilusión de la que hay que alejarse. Servir eficazmente a los pobres impulsa a la acción y permite encontrar los medios más adecuados para levantar y promover a esta parte de la humanidad, demasiadas veces anónima y sin voz, pero que tiene impresa en sí el rostro del Salvador que pide ayuda.

8. «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7). Es una invitación a no perder nunca de vista la oportunidad que se ofrece de hacer el bien. En el fondo se puede entrever el antiguo mandato bíblico: «Si hubiese un hermano pobre entre los tuyos, no seas inhumano ni le niegues tu ayuda a tu hermano el pobre. Por el contrario, tiéndele la mano y préstale lo que necesite, lo

9. Es decisivo que se aumente la sensibilidad para comprender las necesidades de los pobres, en continuo cambio como lo son las condiciones de vida. De hecho, hoy en día, en las zonas económicamente más desarrolladas del mundo, se está menos dispuestos que en el pasado a enfrentarse a la pobreza. El estado de relativo bienestar al que se está acostumbrados hace más difícil aceptar sacrificios y privaciones. Se es capaz de todo, con tal de no perder lo que ha sido fruto de una conquista fácil. Así, se cae en formas de rencor, de nerviosismo espasmódico, de reivindicaciones que llevan al miedo, a la angustia y, en algunos casos, a la violencia. Este no ha de ser el criterio sobre el que se construya el futuro; sin embargo, estas también son formas de pobreza de las que no se puede apartar la mirada. Debemos estar abiertos a leer los signos de los tiempos que expresan nuevas modalidades de cómo ser evangelizadores en el mundo contemporáneo. La ayuda inmediata para satisfacer las necesidades de los pobres no debe impedirnos ser previsores a la hora de poner en práctica nuevos signos del amor y de la caridad cristiana como respuesta a las nuevas formas de pobreza que experimenta la humanidad de hoy.



que le falte. [...] Le prestarás, y no de mala gana, porque por eso el Señor, tu Dios, te bendecirá en todo lo que hagas y emprendas. Ya que no faltarán pobres en la tierra» (Dt 15,7-8.10-11). El apóstol Pablo se sitúa en la misma línea cuando exhorta a los cristianos de sus comunidades a socorrer a los pobres de la primera comunidad de Jerusalén y a hacerlo «no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama a quien da con alegría» (2 Co 9,7). No se trata de aliviar nuestra conciencia dando alguna limosna, sino más bien de contrastar la cultura de la indiferencia y la injusticia con la que tratamos a los pobres.

En este contexto también es bueno recordar las palabras de san Juan Crisóstomo: «El que es generoso no debe pedir cuentas de la conducta, sino sólo mejorar la condición de pobreza y satisfacer la necesidad. El pobre sólo tiene una defensa: su pobreza y la condición de necesidad en la que se encuentra. No le pidas nada más; pero aunque fuese el hombre más malvado del mundo, si le falta el alimento necesario, librémosle del hambre. [...] El hombre misericordioso es un puerto para quien está en necesidad: el puerto acoge y libera del peligro a todos los naufragos; sean ellos malvados, buenos, o sean como sean aquellos que se encuentren en peligro, el puerto los protege dentro de su bahía. Por tanto, también tú, cuando veas en tierra a un hombre que ha sufrido el naufragio de la pobreza, no juzgues, no pidas cuentas de su conducta, sino libéralo de la desgracia» (Discursos sobre el pobre Lázaro, II, 5).

Deseo que la Jornada Mundial de los Pobres, que llega a su quinta edición, arraigue cada vez más en nuestras Iglesias locales y se abra a un movimiento de evangelización que en primera instancia salga al encuentro de los pobres, allí donde estén. No podemos esperar a que llamen a nuestra puerta, es urgente que vayamos nosotros a encontrarlos en sus casas, en los hospitales y en las residencias asistenciales, en las calles y en los rincones oscuros donde a veces se esconden, en los centros de refugio y acogida... Es importante entender cómo se sienten, qué perciben y qué deseos tienen en el corazón. Hagamos nuestras las apremiantes palabras de don Primo Mazzolari: «Quisiera pedirles que no me pregunten si hay pobres, quiénes son y cuántos son, porque temo que tales preguntas representen una distracción o el pretexto para apartarse de una indicación precisa de la conciencia y del corazón. [...] Nunca he contado a los pobres, porque no se pueden contar: a los pobres se les abraza, no se les cuenta» (Adesso n. 7 - 15 abril 1949). Los pobres están entre nosotros. Qué evangélico sería si pudiéramos decir con toda verdad: también nosotros somos pobres, porque sólo así logramos reconocerlos realmente y hacerlos parte de nuestra vida e instrumentos de salvación.

Roma, San Juan de Letrán, 13 de junio de 2021, Memoria litúrgica de san Antonio de Padua.

FRANCISCO

Mensaje del Santo Padre en el 30º aniversario del sistema de integración centroamericana

Perseverar en la solidaridad

Confianza recíproca y esperanza audaz frente a los desafíos migratorios

«La Iglesia camina junto a los pueblos de Centroamérica, que han sabido afrontar las crisis con valentía y ser comunidades que acogen, y los exhorta a perseverar en la solidaridad con confianza mutua y esperanza audaz». Lo aseguró el Papa a los participantes del Evento de solidaridad que tuvo lugar en Costa Rica el día 10 de junio, en el 30º aniversario del Sistema de Integración Centroamericana. Publicamos a continuación el mensaje enviado por el Papa Francisco.

Excelencias, señoras y señores:

Saludo cordialmente a los participantes en el Evento de Solidaridad, promovido con ocasión del 30º aniversario del Sistema de la Integración Centroamericana, en el que la Santa Sede participa como Observador extra-regional desde el año 2012. Esta iniciativa pretende movilizar apoyos para mejorar la situación de los desplazados forzados y las comunidades que los acogen en la región de Centroamérica y México.

La palabra solidaridad, que está en el centro de este evento, adquiere un significado aún mayor en esta época de crisis pandémica, una crisis que ha puesto a prueba al mundo entero, tanto a los países pobres como a los ricos.

La crisis sanitaria, económica y social provocada por el Covid-19 ha recordado a todos que los seres humanos son como el polvo. Pero polvo valioso a los ojos de Dios,¹ que nos constituyó como una única familia humana². Y así como la familia natural educa a la fidelidad, la sinceridad, la cooperación y el respeto, promoviendo la planificación de un mundo habitable y a creer en las relaciones de confianza, incluso en condiciones difíciles, también la familia de las naciones está llamada a dirigir su atención común a todos, especialmente a los miembros más pequeños y vulnerables, sin ceder a la lógica de la competencia y los intereses particulares.³

En estos últimos largos meses de la pandemia, la región centroamericana ha visto el deterioro de las condiciones sociales que ya eran precarias y complejas a causa de un sistema económico injusto. Este sistema desgasta a la familia,⁴ célula básica de la sociedad. Y así, las personas, «sin hogar, sin familia, sin comunidad, sin pertenencia»⁵ se encuentran desarraigadas y huérfanas, a merced de «situaciones altamente conflictivas y de no rápida solución: violencia doméstica, feminicidios»⁶ [...], bandas armadas, criminales, tráfico de droga, explotación sexual de menores y de no tan menores⁶. Estos factores, mezclados con la pandemia y con una crisis climática caracterizada por una sequía cada vez más intensa y huracanes cada vez más frecuentes, han dado a la movilidad humana la connotación de un fenómeno forzado de masa, de manera que adquiere la apariencia de un éxodo regional. A pesar del innato sentido de hospitalidad inherente a los pueblos de Centroamérica, las restricciones sanitarias han influido en el cierre de muchas fronteras. Muchos se quedaron a mitad de camino, sin posibilidad de avanzar ni de retroceder.

La pandemia también ha puesto de manifiesto la fragilidad de los desplazados internos, que todavía «no entran en el sistema internacional de protección que brinda la legislación internacional en materia de refugiados»⁷ y a menudo se quedan sin la protección adecuada.

Además, en las distintas fases del desplazamiento, tanto interno como externo, hay un número creciente de casos de trata de seres humanos, trata que «es una llaga en el cuerpo de

la humanidad contemporánea, una llaga en la carne de Cristo, es un delito contra la humanidad»⁸.

Excelencias, señoras y señores: Lo que he presentado aquí son algunos de los retos más relevantes que afectan a la movilidad humana, un fenómeno que ha caracterizado la historia del ser humano y que «trac consigo grandes promesas»⁹ para el futuro de la humanidad.

En este contexto, la Santa Sede, al tiempo que reafirma el derecho exclusivo de los Estados a gestionar sus propias fronteras, espera un compromiso regional común, sólido y coordinado, destinado a situar a la persona y su dignidad en el centro de todo ejercicio político. En efecto,



«el principio de la centralidad de la persona humana [...] nos obliga a anteponer siempre la seguridad personal a la nacional. [...] Las condiciones de los emigrantes, los solicitantes de asilo y los refugiados, requieren que se les garantice la seguridad personal y el acceso a los servicios básicos»¹⁰.

Además de estas protecciones, es necesario adoptar mecanismos internacionales específicos que den una protección concreta y reconozcan el «drama a menudo invisible» de los desplazados internos, relegados «a un segundo plano en las agendas políticas nacionales»¹¹.

Deben tomarse medidas similares con respecto a nuestros numerosos hermanos y hermanas que se ven obligados a huir debido a la aparición de la grave crisis climática.¹² Estas medidas deben ir acompañadas de políticas regionales de protección de nuestra «Casa común» destinadas a paliar el impacto tanto de los fenómenos climáticos como de los catástrofes medioambientales provocadas por el hombre en su labor de acaparamiento de tierras, deforestación y apropiación del agua. Estas violaciones atentan gravemente contra los tres ámbitos fundamentales del desarrollo humano integral: la tierra, la vivienda y el trabajo.¹³

En cuanto a la trata de personas, hay que prevenir esta lacra mediante el apoyo a las familias y la educación, y proteger a las víctimas con programas que garanticen su seguridad, «la protección de la intimidad, un alojamiento seguro y una adecuada asistencia social y psicológica»¹⁴. Los niños más pequeños y las mujeres merecen una atención especial: «Las

mujeres son fuente de vida. Sin embargo, son continuamente ofendidas, golpeadas, violadas, inducidas a prostituirse y a eliminar la vida que llevan en el vientre. Toda violencia infligida a la mujer es una profanación de Dios, nacido de una mujer»¹⁵. Como dijo san Juan Pablo II, «la mujer no puede convertirse en «objeto» de «dominio» y de «posesión» masculina»¹⁶. Todos estamos llamados a apoyar una educación que promueva la igualdad fundamental, el respeto y el honor que merecen las mujeres.

La pandemia ha provocado una «crisis educativa sin precedentes»¹⁷ agravada por las restricciones y el aislamiento forzoso que han puesto de

cativo que promueva el valor del amor al vecino, primer ejercicio indispensable para lograr una sana integración universal»²⁰.

La cooperación multilateral es una herramienta valiosa para promover el bien común, prestando especial atención a las profundas y nuevas causas de los desplazamientos forzados, de modo que «las fronteras no sean zonas de tensión, sino brazos abiertos de reconciliación»²¹. Hoy «nos enfrentamos [...] a la elección entre uno de los dos caminos posibles: uno conduce al fortalecimiento del multilateralismo [...]; el otro, da preferencia a las actitudes de autosuficiencia, nacionalismo, proteccionismo, individualismo y aislamiento, dejando afuera los más pobres, los más vulnerables, los habitantes de las periferias existenciales»²². La Iglesia camina junto a los pueblos de Centroamérica, que han sabido afrontar las crisis con valentía y ser comunidades que acogen,²³ y los exhorta a perseverar en la solidaridad con confianza mutua y esperanza audaz.

Les doy las gracias de corazón e invoco sobre todos ustedes y sobre las naciones que representan la bendición del Señor.

Vaticano, 5 de junio de 2021

FRANCISCO

[1] Cf. Benedicto XVI, *Audiencia General* (17 febrero 2010).

[2] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 13.

[3] Cf. *Audiencia General* (7 octubre 2015).

[4] Cf. Encuentro con los Obispos centroamericanos (SEDAC) (24 enero 2019).

[5] *Ibíd.*

[6] *Ibíd.*

[7] Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral - Sección Migrantes y Refugiados, *Orientaciones pastorales sobre los desplazados internos* (2020).

[8] *Discurso a los participantes en la Conferencia Internacional sobre la trata de personas* (10 abril 2014).

[9] *Mensaje con ocasión del coloquio México - Santa Sede sobre movilidad humana y desarrollo* (14 julio 2014).

[10] *Mensaje para la 104.ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* (14 enero 2018).

[11] *Mensaje para la 106.ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* (13 mayo 2020).

[12] Cf. Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral - Sección Migrantes y Refugiados, *Orientaciones pastorales sobre desplazados climáticos* (2021).

[13] Cf. *Discurso a los participantes en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares* (28 octubre 2014).

[14] Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral - Sección Migrantes y Refugiados, *Orientaciones Pastorales sobre la Trata de Personas* (2019).

[15] *Homilía* (1 enero 2020).

[16] Carta ap. *Mulieris dignitatem* (15 agosto 1988).

[17] *Videomensaje para el lanzamiento de la Misión 4-7 y el Pacto Educativo* (16 diciembre 2020).

[18] *Discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede* (8 enero 2018).

[19] Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 110.

[20] *Ibíd.*, 151.

[21] S. Juan Pablo II, *Homilía* (6 marzo 1983).

[22] *Videomensaje con ocasión de la 75.ª Asamblea General de las Naciones Unidas* (25 septiembre 2020).

[23] Cf. *Mensaje para la 107.ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* (3 mayo 2021).

Calzar con las sandalias de la esperanza

El Papa Francisco recibió en audiencia, en la mañana del 14 de junio, al arzobispo de Santiago de Compostela, monseñor Julián Barrio Barrio, y al presidente de la Junta de Galicia, Alberto Núñez Feijóo. El motivo del encuentro era agradecer al Santo Padre haber prolongado un año más el Año Santo. Decisión que fue anunciada, a través del nuncio en España, Bernardito Auza, al finalizar la ceremonia litúrgica de apertura de la Puerta Santa de la catedral, el pasado 31 de diciembre.

El arzobispo, conversando con los periodistas después del encuentro con el Pontífice, aseguró que fue «providencial y un gran acierto del Santo Padre» haber prolongado un año más la celebración del Año Santo Compostelano y por eso «se lo hemos agradecido». Durante la reunión, el arzobispo le presentó toda la programación pastoral que han hecho «con esa inquietud y esa preocupación» de presentar el Año Santo como un «año de conversión y reconciliación». Desde el primer momento «prosiguió monseñor Barrio - pensó que tenía que ser un Año en el cual cultivaremos la memoria penitencial, que tanto necesitamos en estos momentos, tanto en la Iglesia como en la sociedad. «Una memoria penitencial que nos tiene que llevar a asumir el pasado, con responsabilidad y con confianza, y nos tiene que ayudar a liberar el futuro de esas confusiones, inquietudes y realidades que nos impiden vivir con esperanza la realidad concreta que nos toca vivir», aseguró.

El arzobispo de Santiago dijo al Papa que debemos «calzar con las sandalias de la esperanza a todo peregrino que llegue a participar en el Año Santo Compostelano». El Año Santo «añadió» debe contribuir a hacer una sociedad mejor. Tal y como recordó monseñor Barrio, el camino de Santiago es una ruta espiritual y «no podemos olvidar esto». Haremos todo lo mejor, concluyó, para que el peregrino se sienta a gusto y acogido en la ciudad del apóstol.

Además, en el encuentro renovaron la invitación al Papa para acudir a Santiago durante este Año Santo bianual.

Por su parte, el presidente de la Junta, reconoció el inmenso honor de ser recibido por el Papa Francisco. El Pontífice «contó Feijóo» ha mostrado conocer bien y apreciar al pueblo gallego. Agradecido también por la prolongación del Año Santo, el presidente de la Junta de Galicia recordó que el año 2019 fue récord en la peregrinación, con más de 350 mil personas, que acreditaron entrar en Santiago con al menos 100 kilómetros recorridos. La mayoría de ellos «anotó» no son españoles, por tanto, hablamos de una peregrinación mundial. En esta línea, Feijóo indicó que los peregrinos que entran en el pasado fin de semana es superior al número de enero, febrero y marzo juntos. El número de los diez primeros días de junio, es superior al de todo el mes de mayo. «Estamos empezando a recuperar una cierta velocidad en el peregrinaje a Santiago», aseguró. Teniendo en cuenta los datos de la región respecto a la emergencia sanitaria, el presidente de la Junta aseveró que «peregrinar a Galicia y hacer el camino de Santiago es seguro».

Como regalo de la visita, le entregaron al Papa un libro sobre los pazos gallegos y una concha de bronce de las que se colocan en las calles y en los cruces del Camino.



El Pontífice concluye el ciclo de catequesis dedicadas a la oración

Dar gloria a Dios también en los momentos difíciles con la certeza de que Jesús reza por mí

«Que nuestra vida sea un dar gloria a Dios conscientes de que Él reza por mí al Padre, que Jesús reza por mí». Esta es la última recomendación que el Papa Francisco encomendó a los fieles al concluir el ciclo de catequesis dedicado al tema de la oración, durante la audiencia general celebrada la mañana del miércoles 16 de junio en el patio de San Dámaso.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En esta serie de catequesis hemos recordado en varias ocasiones cómo la oración es una de las características más evidentes de la vida de Jesús: Jesús rezaba, y rezaba mucho. Durante su misión, Jesús se sumerge en ella, porque el diálogo con el Padre es el núcleo incandescente de toda su existencia.

Los Evangelios testimonian cómo la oración de Jesús se hizo todavía más intensa y frecuente en la hora de su pasión y muerte. Estos sucesos culminantes de su vida constituyen el núcleo central de la predicación cristiana: esas últimas horas vividas por Jesús en Jerusalén son el corazón del Evangelio no solo porque a esta narración los evangelistas reservan, en proporción, un espacio mayor, sino también porque el evento de la muerte y resurrección —como un rayo— arroja luz sobre todo el resto de la historia de Jesús.

Él no fue un filántropo que se hizo cargo de los sufrimientos y de las enfermedades humanas: fue y es mucho más.

En Él no hay solamente bondad: hay algo más, está la salvación, y no una salvación episódica —la que me salva de una enfermedad o de un momento de desánimo— sino la salvación total, la mesiánica, la que hace esperar en la victoria definitiva de la vida sobre la muerte.

En los días de su última Pascua, encontramos por tanto a Jesús, plenamente inmerso en la oración.

Él reza de forma dramática en el huerto del Getsemaní —lo hemos escuchado—, asaltado por una angustia mortal.

Sin embargo, Jesús, precisamente en ese momento, se dirige a Dios llamándolo “Abbà”, Papá (cfr. Mc 14,36). Esta palabra aramea —que era la lengua de Jesús— expresa intimidad, expresa confianza.

Precisamente cuando siente la oscuridad que lo rodea, Jesús la atraviesa con esa pequeña palabra: Abbà, Papá. Jesús reza también en la cruz, envuelto en tinieblas por el

silencio de Dios.

Y sin embargo en sus labios surge una vez más la palabra “Padre”.

Es la oración más audaz, porque en la cruz Jesús es el intercesor absoluto: reza por los otros, reza por todos, también por aquellos que lo condenan, sin que nadie, excepto un pobre malhechor, se ponga de su lado. Todos estaban

contra Él o indiferentes, solamente ese malhechor reconoce el poder. «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). En medio del drama, en el dolor atroz del alma y del cuerpo, Jesús reza con las palabras de los salmos; con los pobres del mundo, especialmente con los olvidados por todos, pronuncia las palabras trágicas del salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has aban-

donado?» (v. 2): Él sentía el abandono y rezaba. En la cruz se cumple el don del Padre, que ofrece el amor, es decir se cumple nuestra salvación. Y también, una vez, lo llama “Dios mío”, “Padre, en tus manos pongo mi espíritu”: es decir, todo, todo es oración, en las tres horas de la Cruz.

Por tanto, Jesús reza en las horas decisivas de la pasión y de la muerte. Y con la resurrección el Padre responderá a la oración. La oración de Jesús es intensa, la oración de Jesús es única y se convierte también en el modelo de nuestra oración. Jesús ha rezado por todos, ha rezado también por mí, por cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros puede decir: “Jesús, en la cruz, ha rezado por mí”.

Ha rezado. Jesús puede decir a cada uno de nosotros: “He rezado por ti, en la Última Cena y en el madero de la Cruz”. Incluso en el más doloroso de nuestros sufrimientos, nunca estamos solos.

La oración de Jesús está con nosotros. “Y ahora, padre, aquí, nosotros que estamos escuchando esto, ¿Jesús reza por nosotros?”. Sí, sigue rezando para que Su palabra nos ayude a ir adelante. Pero rezar y recordar que Él reza por nosotros. Y esto me parece lo más bonito para recordar.

Esta es la última catequesis de este ciclo sobre la oración: recordar la gracia de que nosotros no solamente rezamos, sino que, por así decir, hemos sido “rezados”, ya somos acogidos en el diálogo de Jesús

con el Padre, en la comunión del Espíritu Santo. Jesús reza por mí: cada uno de nosotros puede poner esto en el corazón, no hay que olvidarlo. También en los peores momentos. Somos ya acogidos en el diálogo de Jesús con el Padre en la comunión del Espíritu Santo.

Hemos sido queridos en Cristo Jesús, y también en la hora de la pasión, muerte y resurrección todo ha sido ofrecido por nosotros.

Y entonces, con la oración y con la vida, no nos queda más que tener valentía, esperanza y con esta valentía y esperanza sentir fuerte la oración de Jesús e ir adelante: que nuestra vida sea un dar gloria a Dios conscientes de que Él reza por mí al Padre, que Jesús reza por mí.

«Que el periodo de verano puede ser tiempo de serenidad y una bonita ocasión para contemplar a Dios en la obra maestra de su creación». Este es el deseo con el que el Papa Francisco concluyó la audiencia general saludando a los diferentes grupos presentes. A continuación guó la oración del «Padre nuestro» e impartió la bendición.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española, que hay tantos. Al finalizar estas catequesis sobre la oración, no olvidemos que Jesús no sólo nos “amó” primero, sino que también “rezó” primero por nosotros. Por eso, con nuestra oración y con nuestra vida demos gloria a Jesús y vivamos seguros porque Él rezó y reza por cada uno de nosotros aún ahora delante del Padre.

Muchas gracias.

San Juan Bautista, el último profeta desobediente

MARCELO FIGUEROA

Al ser Juan el único hijo de un sacerdote oficiante en el templo de Jerusalén, le cabía sobre sus espaldas y la de su descendencia aarónica el mandato de continuar esa sacra función ritual. Esa línea sucesoria sacerdotal, le obligaba al bautista no solo a una vida religiosa activa, sino a una consolidación matrimonial y de procreación de un futuro descendiente consagrado. Aquella angustia narrada en los Evangelios vivida por su madre Elizabeth y su padre Zacarías, (Lc. 1, 5-6; 25) ante la imposibilidad física de descendencia sacerdotal no se hace, sin embargo, presente en el pensamiento de Juan. No solo eso, sino que es abandonada en forma consciente y vocacional por el mismo al retirarse solo al desierto de Judea a una vida asimilable a la de los esenios qumramitas, pero probablemente algo más eremitaña. (Lc 1,80). Este cambio genealógico religioso deja ver que, en el corazón de Juan, había una firme percepción que la vida consagrada debía atender de ahora en más a otra dinámica temporal del pueblo de la promesa. Para Juan, la voz y presencia de Dios se presentaría partir de entonces conforme a una renovada inculturación y contextualización del *kairos* divino. Su aparente abandono de los mandatos sacerdotales paternales, sin embargo estaba comprendida en forma profética por su propio padre Zacarías. Él mismo había anunciado en su Benedictus: “Y tu, hijito mío, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para prepararle el camino. Darás a conocer a su pueblo la salvación mediante el perdón de sus pecados, gracias a la entrañable misericordia de nuestro Dios” (Lc, 76-78)

¿Cuánto necesitamos hoy también los religiosos y laicos del pueblo de Cristo saber comprender los límites de los mandatos culturales revestidos de religiosidad ancestral para ir al alcance de la comprensión de los tiempos que nos toca vivir! Quizá sean tiempos de abrir caminos para nuevas comprensiones que inculturen y encarnen el Evangelio en un mundo que demanda nuevos, proféticos y valientes movimientos.

En su reaparición pública en los ríos bautismales, Juan el Bautista desecha otra tradición de seguridad en términos de descendencia religiosa. La de su propio pueblo y sus dirigentes sacerdotales que seguían aferrados a su “inmunidad abrahámica” delante de Dios. Esa situación de comodidad ancestral es vista por Juan, ante la confundida mirada de sus colegas y congéneres religiosos, como una necia confianza que no les servirá ante el juicio que había venido a anunciar. El texto lucano lo relata de una manera dramática: “Muchos acudían a Juan para que los bautizara. —¡Camada de víboras! —les advirtió—. ¿Quién les dijo que podrán escapar del castigo que se acerca? Produzcan frutos que demuestren arrepentimiento. Y no se pongan a pensar: “Tenemos a Abraham por padre”. Porque les digo que aun de estas piedras Dios es capaz de darle hijos a Abraham”. (Lc 3, 7-8). Resulta por lo menos interesante considerar que aquel abandono a su herencia sacerdotal familiar no era solo un tema de índole de misión personal, sino y principalmente, una ruptura contra sistémica. Ruptura religiosa que estaba basada en el arrepentimiento y el cambio de época en el reloj del pueblo de Dios con el advenimiento mesiánico que iba a marcar

una nueva y definitiva era en la historia universal. Para estar preparados para esta nueva época, los religiosos judíos, que curiosamente venían al encuentro del bautista itinerante << Juan recorría toda la región del Jordán predicando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados” (Lc 3, 3) >>, no debían aferrarse a ese gesto externo de purificación ni a su pura descendencia. Todo aquello no era invalidado “per se”, pero resultaba inútil si no iba precedido por una conversión integral asimilable a los tiempos y los requerimientos de la inminente llegada del Reino de Dios. Desde entonces, tanto las personas, como los pueblos que consideran a su herencia religiosa como un patrimonio inmaculado bajo la mirada de Dios en todo tiempo, necesitan sumergirse en las aguas de un nuevo Jordán. Si como al decir de Heráclito, nadie se baña dos veces en el mismo río, las nuevas aguas del fluir de los tiempos nos piden a menudo un nuevo baño de espiritualidad y humanidad. Un re-bautismo no sacramental que nos despierte de nuestros cómodos adormecimientos religiosos y nos renueven y conviertan a la realidad siempre viva del contra sistema del Reino de Dios y su justicia.

Por otro lado, este predicador escatológico con semiótica proveniente de la apocalíptica hebrea, extendió su llamado a la conversión visible y necesaria de todos los actores sociales y políticos como una señal del cambio de época en la economía de los tiempos de Dios. Por ello, su llamado se extiende a los recaudadores de impuestos y los soldados a las órdenes del imperio como a la gente en general. A los primeros, les era necesario no cobrar más de lo debido (Lc 3, 13), a los

segundos, no hacer denuncias falsas ni practicar la extorsión (Lc 3, 14), y a todos compartir sus bienes y alimentos con los necesitados (Lc 3, 11). Por tanto, partiendo de la casta sacerdotal, pasando por los poderes políticos y el pueblo, el bautismo ritual debía tener plena conciencia que algo nuevo estaba llegando y a lo que se debía estar a la altura. El Cristo. El mismo bautista que reconocía no estar a la altura de sus pies (Lc 3, 16), le otorgaba el simbolismo de poseer las llaves del bautismo en Espíritu Santo y fuego (Lc, 3, 16). Es necesaria una memoria histórica axial de nuestra pertenencia de fe, desde los ministros religiosos y hacia las estructuras revestidas con una aparente cobertura de herencia piadosa. El Papa Francisco, el 20 de enero del 2018 en el “Encuentro con sacerdotes, religiosos/as y seminaristas de las circunscripciones eclesiales del norte del Perú”, durante su viaje apostólico a ese país latinoamericano expresó que: “Juan era el hombre memorioso de la promesa y de su propia historia. Era famoso, tenía fama, todos venían a hacerse bautizar por él, lo escuchaban con respeto. La gente creía que era el Mesías, pero él era memorioso de su propia historia y no se dejó engañar por el incienso de la vanidad. Juan manifiesta la conciencia del discípulo que sabe que no es ni será nunca el Mesías, sino sólo un invitado a señalar el paso del Señor por la vida de su gente”.

Que una renovada mirada de este último profeta desobediente a sus mandatos y seguridades ancestrales, pero obediente a los tiempos renovadores del reloj de Dios, nos ayude hoy a abrir caminos nuevos para señalar el paso del Señor por la vida de nuestra gente.